

mas no cabe dudar del ingenioso expediente por el cual Hegel se las arregló para utilizar las sentencias de Aristóteles a título de antecedentes o, mejor aún, de premisas de las que derivarían, a la manera de consecuencias lógicas, las conclusiones típicas del pensamiento hegeliano. El Aristóteles de Hegel, luego, es el Aristóteles que nunca antes había sido fagocitado por el cogito moderno para conseguir el acabamiento de su proyecto capital, cual es el de disolver el ser en la conciencia. A Hegel estuvo reservado arribar a esta simbiosis del más severo exponente de la ciencia pagana con un pensar en cuyo origen anida la crisis del espíritu cristiano, lo que nos impele a preguntarnos si esta absorción hegeliana del aristotelismo preserva el respeto a la estampa teórica del verdadero Aristóteles histórico. La exégesis aristotélica de Santo Tomás, como bien lo rescata Mons. Sánchez Sorondo, compulsada paso a paso en el texto reseñado, indica que hay modos abiertamente distintos de responder este interrogante.

El libro de Mons. Sánchez Sorondo es de consulta imprescindible para abordar el problema de las relaciones de Hegel a Aristóteles al haber echado luz en derredor de la espesa madeja que se había tejido en torno a este caso a partir de las primigenias querellas entre el aristotelismo del siglo XIX con las corrientes hegelianas.

MARIO ENRIQUE SACCHI

UN TRATADO DE TEOLOGIA NATURAL DE OCTAVIO N. DERISI *

Para encontrar a Dios basta buscarlo en la justa dirección y con las disposiciones necesarias. Dios no es una fórmula matemática, una de aquellas fórmulas difíciles y complejas que sólo pocas mentes geniales pueden descubrir y comprender. Dios no es un pico altísimo y agudo como las cimas de los Andes o del Himalaya que son accesibles sólo a pocos y probados escaladores. Dios no es, tampoco, una estrella de una galaxia alejadísima que sólo potentísimos telescopios pueden ver e individuar.

Dios no es una realidad escondida, lejana de nosotros mismos. Dios habita en nosotros, camina junto a nosotros, vive con nosotros. Podemos percibir siempre y en todas partes un eco de su palabra y el movimiento de sus pasos. Dios está en nosotros; pero, por sobre todo, nosotros estamos en El. Nos circunda por todas partes, nos sigue, nos asedia, nos conquista. Somos suyos; y, por su bondad, El es también nuestro.

Todo discurso sobre Dios debe empezar por la experiencia de Dios; una experiencia que podemos hacer todos sin distinción de edad, de sexo, de cultura o de ocupación y que, a pesar de las muchas distracciones de la vida, alguna vez hemos tenido la fortuna y la gracia de hacer. Se trata de una experiencia singularmente fascinante, una experiencia, al mismo tiempo, dulce y suave, severa y fuerte; pero, substancialmente más viva, más cálida, más íntima y más profunda que cualquier otra experiencia.

Los caminos que conducen a Dios son infinitos e igualmente infinitas las puertas que nos revelan los secretos de su demora. Los caminos que conducen al

* Artículo publicado por BATTISTA MONDIN en *L'Osservatore Romano*, del 20 de mayo de 1989, edición cotidiana en lengua italiana. Traducción castellana del Lic. Edgardo Castro (Roma, junio 15 de 1989).

hombre a Dios y las puertas que nos introducen en su demora han sido recorridos muchas veces por los filósofos de todas las épocas, tanto en Oriente como en Occidente. También en nuestro siglo muchos valientes pensadores, católicos y no católicos, los han probado. Por dar algunos nombres: Garrigou-Lagrange, Masnove, Maritain, Theilhard de Chardin, U. von Balthasar, Pannenberg, Brugger, Mascall, Bogiolo, Tresmontand, Beck y muchos otros.

En esta noble empresa extremadamente fascinante y de perenne actualidad interviene con su última obra *MONS. OCTAVIO N. DERISI*, el eminente tomista argentino, tan admirado, seguido y apreciado en todos los países de América Latina. La obra se titula *Tratado de teología natural. Dios, su existencia, su esencia y sus perfecciones*.¹ El volumen no posee proporciones vistosas como otros tratados de teología natural, pero contiene todo lo que se espera de un tratado de teodicea.

En esta nueva obra, como en las anteriores, Derisi se revela un pensador esencial; dice en forma extremadamente concisa todo lo que hay que decir sobre el argumento, aún siendo muy amplio, complejo y espinoso. Y, además, lo dice con una gran claridad y precisión. Su pensamiento es simple, claro y transparente.

En el tratamiento del problema de Dios, el autor, sigue la clásica división: existencia, naturaleza, atributos y operaciones de Dios. Como ya hacía Filón de Alejandría, que es el padre de la teología natural, Derisi discute sobre todo las diversas posiciones que el hombre puede asumir y que históricamente ha asumido ante el problema de Dios: ateísmo, agnosticismo, irracionalismo, deísmo, panteísmo y teísmo; las valora críticamente asumiendo la defensa del teísmo. Luego pasa al problema de la demostrabilidad de la existencia de Dios. Aquí critica el agnosticismo y, al mismo tiempo, hace ver que la inteligencia humana está dotada de aquella apertura, objetividad y capacidad de maravillarse que la predisponen a la búsqueda de Dios. Procede después al examen de las pruebas de la existencia de Dios. Entre las vías que prueban que Dios existe, Derisi da la precedencia a las famosas cinco vías de Santo Tomás; poniendo en relieve su valor y actualidad. Pero, reconoce que existen otras vías de indudable valor, en particular la que se funda en el apetito natural de la voluntad (el deseo natural de felicidad).

Es particularmente interesante el capítulo quinto, donde se ocupa de la esencia de Dios y donde muestra que la esencia divina no debe situarse en ninguno de los atributos particulares (ser, bondad, inmutabilidad, infinidad, etc.) sino "en el conjunto de todas las perfecciones en grado infinito y en la máxima simplicidad". Existe todavía, precisa el eximio autor, entre los atributos divinos uno que goza de una prioridad lógica sobre los otros, el ser, por lo cual se lo puede llamar la esencia metafísica de Dios. Es la clásica tesis tomista según la cual el *esse* per se subsistens constituye la esencia metafísica de Dios. Contra tantos malentendidos que han inducido a filósofos y teólogos a cuestionar esta tesis, Derisi hace ver que es una tesis irrenunciable, si no se quiere caer en las redes del nihilismo.

Examinando las obras de Dios, Derisi afronta los problemas más delicados de la teodicea: el mal y la libertad; haciendo ver que sin Dios estos dos fenómenos no tienen ni justificación ni sentido, mientras que con Dios tienen, si no

¹ OCTAVIO N. DERISI, *Tratado de Teología Natural*, Educa (Editorial de la Universidad Católica Argentina), Buenos Aires, 1988, 188 pp.

una explicación clara y distinta, al menos una apreciable inteligibilidad. A propósito del mal, el autor aclara que no tiene como origen una causa eficiente; sino, más bien, una causa deficiente. "El mal proviene de una causa que no logra producir todo el ser o la perfección exigidos por la esencia o naturaleza del ente y, por este motivo, no puede proceder inmediatamente de la causa perfectísima que es Dios, sino de las creaturas", y esto vale tanto para el mal físico como para el mal moral.

El tratado de Derisi posee todas las cualidades, especialmente el orden, la claridad y la integridad que lo hacen particularmente apto para utilizarlo como texto de estudio en los seminarios y en las universidades. Pero el profundo estudio del augusto y sublime misterio de Dios que Octavio Derisi presenta, en su madura reflexión, no posee sólo valor especulativo, sino también práctico y pastoral: es un llamado al hombre de nuestro tiempo —distruido en cosas banales y devorado por el consumismo— al punto Omega que es el único capaz de dar sentido a nuestra vida y a nuestra historia. Con su *Tratado de Teología Natural* Mons. Octavio Derisi ha hecho un precioso don tanto a creyentes como a no creyentes: a los primeros para profundizar el conocimiento de Dios, a los segundos para buscarlo. Por este don, los numerosos discípulos con que Mons. Derisi cuenta, tanto en América Latina como fuera de ella, le están profundamente agradecidos.

BATTISTA MONDIN

EL X ANIVERSARIO DEL PRIMER CONGRESO MUNDIAL DE FILOSOFIA CRISTIANA

El 21 de octubre se cumplen diez años de la solemne inauguración del Primer Congreso Mundial de Filosofía Cristiana, reunido en Embalse, Córdoba, con motivo del primer centenario de la Encíclica *Aeterni Patris*, de León XIII. Me he detenido a pensar unos momentos en el simbolismo de estos diez años transcurridos, porque el diez, en el Antiguo Testamento, es el número redondo. Este número puede ser amplio o reducido: Por un lado, diez mandamientos (Ex. 20, 1-7). por otro, por ejemplo, las diez plagas de Egipto (Ex. 7, 11). En el Nuevo Testamento, tiene el diez un sentido enigmático: las diez dracmas de las cuales una se ha perdido (Lc. 15, 8); las diez minas que el señor dio en custodia a los diez siervos suyos (Lc. 19,13 ss); los diez días de tribulación de los justos (Ap. 2, 10). Sea, pues, símbolo de acontecimientos o de un cierto tiempo; sea de ambos a la vez, diez años es poco o es mucho. Es cuantitativamente poco, pero puede ser espiritualmente mucho. Como la levadura evangélica, al comienzo parecía poco, sobre todo cuando me vi de golpe ante la tarea de organizar el Congreso en 1977; después, dos años más tarde, parecía mucho en relación con nuestras pobres fuerzas. Y hoy, diez años más tarde, vuelve a parecerme poco o nada en relación con lo que es menester realizar como testimonio de la Verdad que ha dicho de Sí misma: "Yo soy el Camino"; o espiritualmente mucho, inconmensurablemente mucho en relación con nuestra nada. Así son las cosas de Dios: nada en cuanto a nosotros, *incommensurables* en cuanto a Dios que nos advierte siempre "sin Mí, nada podéis hacer" (Jn. 15,5).

El Primer Congreso Mundial de Filosofía Cristiana se organizó con la convicción total de que sin El, sin el divino Maestro, nada podíamos hacer; pero que, con El, todo lo podíamos hacer. No es menester narrar la historia del Congreso